

Vol. 1, Número 8 - Junio 2019



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

Umbral

Revista Literaria

Maestros

Federico García Lorca

Luis Cernuda

José Martí

Leopoldo Lugones



Colaboraciones:

Álvaro Torres Calderón

Rubén Falgueras Pradas

Manuel González Cabrera

Víctor Pardo

Lizandro Samuel

Marino Liso

El ego de la mente creadora

El ego del artista en muchos casos supera la capacidad del entendimiento, pero ¿cómo hace para crear sin su ego? Si no confiara en sí mismo, si no supiera que está haciendo bien las cosas, no podría exponerse a la crítica por más talentoso que fuera. No se puede separar un artista de su ego, no podría subsistir sin él como tal.

En el lenguaje coloquial, se suele confundir y hacer referencia al ego como exceso de autoestima.

El ego mal dosificado genera una arrogancia hiriente hacia los demás. En esa eterna pelea entre el ello y el superyó, la humildad es la cualidad a la que se debería recurrir con más frecuencia. El ego nos lleva adelante en nuestro trabajo, pero también deberíamos ser sabios y aprender a escuchar a aquellos que nos rodean para “enriquecernos aún más”.

Así también como la solidaridad, que abre puertas en la dura competitividad de la carrera artística, “los tuyos, los míos, los nuestros”, nos permitirán crear un universo de mayor alcance para nuestras obras.

No siendo una cualidad exclusiva de los artistas, pero por ser ellos los más expuestos en la vida cotidiana, el artista no debería dejar que el exceso de autoestima lo opaque y por ende a su obra, no se debe olvidar que esta es la proyección de su ser.

Por último, un artista hace pública su obra para que la aprecien no para que la juzguen, para que el espectador le encuentre algo significativo, si para él lo hubiera. Al olvidar o desconocer el espectador estas premisas, por lo general el artista suele recurrir a su ego como un mecanismo de autodefensa para sobrellevar contrariedades,

rechazo o incomprensión hacia su trabajo. Siendo el artista una persona sumamente sensible, podría este, de manera inconsciente argumentar en contra de la crítica con frases arrogantes. Esto con la inofensiva finalidad de autoprotección, haciéndolo caer muchas veces en el error de no saber escuchar.

No somos una raza aparte, somos seres humanos y por lo tanto falibles.

Eric J. Lagarrigue
Comisión Editorial



Umbral
Revista Literaria

Órgano oficial de la sociedad
de Autores Independientes

Año 1 - Número 7 - Mayo del 2014

Dirección general: Naida Saavedra
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue
Diseño: Álvaro Díaz
Composición: Eric J. Lagarrigue
Imagen de portada: Alejandro Laborde

Colaboradores de esta edición

Victor Pardo *Álvaro Torres Calderón*
Marino Liso *Manuel González Cabrera*
Lizandro Samuel *Rubén Falgueras Pradas*

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores. Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Eric J. Lagarrigue*) 1

Cuentos

El protagonista no podía morir (*Lizandro Samuel*) 3

Lápida 806 (*Rubén Falgueras Pradas*) 5

Cuento clásico modernizado (*Victor Gabriel Pardo*) 7

El niño que leía demasiado y el escritor amargado (*Manuel G. Cabrera*) 9

Poesías

Almas de puro amor y el cuerpo abandonado (*Marino Liso*) 11

Búsqueda dimensional (*Álvaro Torres Calderón*) 13

Marco azul (*Álvaro Torres Calderón*) 14

Maestros

Madrigal (*Federico García Lorca*) 15

Si mis manos pudieran deshojar (*Federico García Lorca*) 15

Si el hombre pudiera decir (*Luis Cernuda*) 16

La niña de Guatemala (*José Martí*) 17

¡Vivir en sí, qué espanto! (*José Martí*) 18

La estatua de sal (*Leopoldo Lugones*) 19



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.

Sociedad de Autores Independientes

El protagonista

no podía morir

Era absurdo, ridículo; se lo dije (O me lo dije) varias veces: el protagonista tiene que morir. Pero nada, él es (O soy) demasiado terco, insistía con dejarme vivo.

Es imposible construir una buena historia así. No se puede. Definitivamente no se puede. Primero se le antojó hacerme deportista profesional. Coño, ¿en serio? ¿Quién va a leer un cuento sobre un beisbolista gordo, un futbolista mujeriego o un basquetbolista avaro? ¿De pana? No, y lo peor vino después: y que “Tranquilo vale, te haré algo súper original como jugador de metras”. Ni le contesté. A veces pienso que debo tener muy poca autoestima para ponerme en esas situaciones.

En fin, lo único en lo que coincidíamos era en que el protagonista debía ser el autor, es decir él, o sea yo. Ajá. Luego venía el tema del inicio. Tras hacerlo entrar en razón descartamos lo del deporte. “Ujum, ¿y ahora?”, “Pues yo qué sé, tú eres el escritor, yo sólo soy el protagonista”, “¡Coño, no me hables así!, mira que te mato”, “¡Sería justicia! Cónchale, te lo estoy diciendo, el protagonista, en toda buena historia, tiene que morir”, “¿Vas a seguir con lo mismo?, ¡quíerete ('Quiéreme') un poquito vale!”.

De verdad, se pone demasiado irracional.

Bueno, decidimos que sería una historia de amor. ¿Por qué? Fácil, eso es un tiro al piso: ¡todos quieren leer una historia de amor! ¿Ah, no me creen? Miren, hasta el cavernícola más duro es capaz de enamorarse. Siempre que la historia no sea muy babosa será comerciable.

Empezamos a trabajar. “Tengo que tener mucho sexo”, le dije. “¿Para qué?”, “Coño, ¿en serio estás preguntando eso? No puedes ser tan ñoño, pana”, “Ah pues. Ya vas a empezar. Quédate quieto. Quedamos en que sería una historia de amor, no una novela pornográfica”, “¿Por lo menos me puedo coger a esa compañera tuya en el taller de narrativa? Sabes que le tenemos ganas”,



“Bueno, okey, a ella sí, pero entonces ella será la coprotagonista”, “¡No te vuelvas loco! Está buena, pero no es para casarse”, “Mejor, ¡ya tenemos el nudo!: la tipa nos monta cachos una y otra vez, pero estamos muy enamorados como para dejarla”, “No vengas tú, yo no voy a ser ningún güebón. Déjate de vainas”, “¿Entonces?”, “Ah no sí, está bien pues: yo quedo como un idiota y tú te llevas el Nobel de literatura”, “Eres insufrible”.

Como sea, me convenció. Ya teníamos nudo. ¿El clímax?, nada, me encuentro a la chama fornicando con mi mejor amigo. Algo demasiado lugar común. No entiendo cómo ganó el Premio Nacional de Literatura. Da igual, lo cierto es que me aguanté. Listo, copiamos el clímax y llegamos al desenlace: “Me suicido por tener el corazón roto”, “¿De pana? ¿Vas a seguir con lo mismo? ¡Estás ladilla!”, “Coye, chamo, ya me da vergüenza salir en ese y que relato tuyo, por lo menos vamos a ponerle algo de picante al final”, “¿Y tú te quieres suicidar?, o sea, más obvio imposible”, “¿¡Yo soy el obvio!? ¡Sinvergüenza! ¡Lee tu clímax y después hablamos!”, “No vale, trabajar contigo es imposible. Voy a hacer otro casting. Cambiaré al protagonista. Es mejor trabajar en tercera persona”, “Ah, ¿lo vas a llamar a él?”, “No, a ella”, “Ay, maricón”.

Total, en eso seguimos, discutiendo y discutiendo. Que si el principio, que si el nudo, el clímax y, por supuesto, todo el meollo del asunto: él (Yo) insistiendo en que el protagonista no podía morir, y yo (Él) insistiendo en que tenía que morir. En eso estamos, haciendo el ridículo mientras fingimos que escribimos.



Lixandro Samuel

Caracas- Venezuela - 1993

*Escritor con predilección
por la narrativa.*

*Finalista del premio
Biblioteca FIMBA
2013”.*

Lápida 806



Era un día donde el sol jugaba a las escondidas con las nubes. Las hojas secas de los árboles temblaban hasta caer sobre la hierba húmeda que había dejado la lluvia el día anterior.

En el cementerio de Collcerola, casi en las afueras de la ciudad de Barcelona, descansaban los cuerpos incinerados o enterrados de algunas familias que habían pagado su precio por vivir. Algunas eran más longevas, otras eran demasiado jóvenes.

Entre esas almas que descansaban en paz, había un hombre.

Vestido con un traje de color marrón, caminaba con sus zapatos hasta llegar a una pared donde había otras lápidas

que conmemoraban algunas familias o a una sola persona en concreto.

La que veía no tenía nombre; solo un número.

La lápida 806.

El hombre arregló sus cabellos canosos con una mano, mientras que con la otra sujetaba un ramo de flores azules llamadas Hepáticas Nobolis. No había ningún jarrón donde guardarlas pero las dejó en el suelo mientras se quedó observando la lápida sin nombre.

Dejó que sus recuerdos le invadiesen la memoria sobre la persona que estaba visitando hasta que de pronto oyó el sonido de otros pasos que se dirigían hacia él.

El hombre giró la cabeza para ver a una mujer que conocía muy bien, vestida con un abrigo de piel muy ostentoso y caro, zapatos de tacón de aguja, cabellos recortados y teñidos de color azabache y unas profundas arrugas le marcaban la cara. Cargaba entre sus brazos un gran ramo de rosas rojas y lo dejó junto a las Hepáticas Nobolis que el hombre había traído.

-Anastasia -dijo el hombre-. Nunca pensé que vendrías aquí.

-Tampoco creí que tuvieras la vergüenza de venir aquí -le respondió ella-. Asesino.

-Siempre vengo aquí. -le respondió- Desde ese incidente del cual me siento responsable.

-¿Te sientes responsable?- ironizó la mujer- Deberías ser tú el que estuviera en esta tumba sin nombre.

-Tal vez es lo que me merezca –dijo él- Créeme cuando te digo que no era mi intención matar a tu pequeño...

De repente recordó lo sucedido.

El hombre trabajaba de policía y estaba en medio de una redada cuando les empezaron a disparar. Ellos devolvieron los disparos hasta que consiguieron abatir a todos los que osaron usar un arma en su contra. Pero luego se dieron cuenta de que no eran solamente adultos los que dispararon; un niño de apenas 15 años estaba con aquella banda que comerciaba con droga y él le había disparado justo en el corazón

-El no debería haber estado allí –dijo el hombre-. Tendría que haber estado estudiando o jugando a la consola...

-¡Cállate! -Le exclamó mientras sacaba una navaja- ¡Eso no cambia el hecho de que lo mataste! ¿Defensa propia? ¡Todos los policías os escudáis en vuestra irresponsabilidad!

El hombre miró el arma que brillaba bajo los rayos del sol. Después se acercó a ella y no apartó su mirada de sus ojos. La mujer temblaba ante ese movimiento inaudito. Se estaba acercando al arma que ella empuñaba sin temor a que le hiriese o le matase allí mismo.

-Adelante, -dijo el hombre-, si eso le hace sentir mejor, hágalo. ¡Quíteme la pesadilla que me persigue desde hace más de 10 años! ¡Hágalo, solo es empujar la mano hacia delante!

Anastasia temblaba tanto ante esas palabras que se le cayó la navaja al suelo. Y enseguida empezó a llorar con fuerza y rabia contenida. El hombre la abrazó y le dio el hombro; ella sollozó en él.

La muerte del niño de la lápida 806 fue una irresponsabilidad de una sociedad que se ha convertido en una selva salvaje donde los fuertes viven y los débiles mueren.

No fue culpa del hombre quien hacía su trabajo, pero fue responsable de una muerte. La madre no fue responsable del fin de su mundo.

No podían echarse la culpa el uno al otro, porque ninguno la tenía.



Rubén Falgueras Pradas

Barcelona - España - 1990

Escritor con preferencia por la narrativa.

De brujas y dragones

(Cuento clásico modernizado)

(Dedicado a todos los funcionarios públicos con riquezas mal habidas, a la prensa independiente y a todos los ciudadanos que desean un futuro mejor para su pueblo).

Había un reino donde Dios enviaba a

aquéllas almas que en vidas anteriores se habían portado mal. Bueno, en realidad, a esas almas las enviaba a que renazcan en la parte del reino llamada Conurbano, donde la gente sentía estar viviendo en una película de terror: lugares oscuros por todos lados (por los cortes de luz), ruidos extraños y gritos espantosos (por los tiroteos y asaltos) y monstruos acechando en cada rincón esperando devorar alguna víctima desprevenida (que, en general, eran chicas jóvenes que desaparecían o que aparecían violadas y muertas y que, según la policía, se fueron con sus novios).



Como en todo cuento, había una bruja

malvada que hechizó los ahorros y dólares para que se convirtiesen en pesos y que invocó a una legión de monstruos (chorros, violadores y asesinos) para que atacaran al pueblo. Otro de sus hechizos hizo que en las tiendas y supermercados los productos saltasen, escapándoseles a los clientes de las manos, hasta llegar a una altura en la escala de precios que nadie podía alcanzar.

Por razones que nadie se explica, la bruja malvada había llegado a ser reina del lugar; a pesar de que luego nadie quería reconocer haberla votado. A su lado, tenía un séquito de ayudantes que dirigían a los demonios en las distintas áreas del castillo: el jefe del engaño (encargado de administrar la nueva ley de medios), el jefe del odio al pueblo (encargado de rebajar las condenas, administrar las excarcelaciones y prohibir que la policía encierre a los monstruos); y otros jefes demonios encargados de hacer que todos obedezcan las locas decisiones de la bruja malvada.

Un día, un valiente caballero llegó al reino, decidido a pelear por la verdad y la justicia; aunque las únicas armas que tenía eran sus investigaciones periodísticas (que hacían de escudo ante los mentirosos ataques del enorme dragón que el jefe del engaño había lanzado contra él) y sus palabras (tan verdaderas como hirientes para el enorme dragón, que estaba formado por insultos, propaganda, falsedades y discurso oficial).

Una vez, siguiendo el rastro de un estafador que se quedaba con el dinero del pueblo, el caballero llegó hasta el castillo de la bruja malvada, y descubrió que el difunto rey y ella levantaron su castillo con el oro obtenido por medio del saqueo sistemático del reino; por lo que varios jefes demoníacos acusados de enriquecimiento ilícito fueron reemplazados por otros tan criminales como ellos mismos. Podría llamarse “La Historia Sin Fin”.

Malherido el dragón del discurso oficial, y debilitado el fuego que escupía (que estaba formado por mentiras y palabrería para engañar al pueblo), los habitantes del reino pudieron abrir los ojos.

Algunos siguen apoyando a la bruja, pues viven de una pequeña parte del saqueo, que la bruja hace repartir entre sus secuaces ahora organizados en cooperativas. Pero otros esperan con ansias las próximas elecciones, para poder hacer corte de boleta u optar, lisa y llanamente, por otro partido.

FIN



Victor Gabriel Pardo

Buenos Aires Argentina

Es guionista independiente, dedicándose a la elaboración de guiones para films, teatro y radioteatro, monólogos, cuentos y poesía

El niño que leía demasiado y el escritor amargado

El niño corrió hacia aquella biblioteca consciente de que encontraría suficientes historias que

leer, aventuras que vivir y sueños que se desdibujaban en su mente hasta casi rozar la realidad, a su edad había leído a la mayor parte de los autores contemporáneos, una gran cantidad de clásicos y escritores de literatura fantástica. Poseía una gran capacidad de auto crítica y valores humanos y morales que hacían de él una persona valiosa, y de un enorme corazón para con los demás. Joseph, era su nombre, aquel día buscaba un libro que le habían recomendado y que curiosamente no había devorado a pesar de que era un asiduo lector.



Al llegar, fue hasta donde la bibliotecaria, la cual lo recibió con entusiasmo, pues no todos los días se veía un niño de siete años al que le gustara leer tanto.

—Joseph, bienvenido —dijo la bibliotecaria —¿con qué nuevo libro puedo ayudarte?

—Quiero leer Los Miserables de Víctor Hugo —respondió con emoción el niño.

De pronto, de entre las sombras de las estanterías cercanas a las ventanas, salió un hombre tan delgado a los ojos del niño, que casi parecía un fideo, tenía un semblante

amargado y parecía no tener amor alguno por la vida.

—¡Ese niño no puede leer esto! —pronunció alzando la voz —no creo que lo pueda entender.

Joseph mirando al hombre con cierta aprensión le dirigió una mirada de desaprobación y armándose de valor le respondió: —Señor, soy totalmente capaz de leer ese libro y comprender cada palabra contenida en él. Además he leído a muchos de los escritores contemporáneos de este siglo.

El hombre, dándose cuenta de la inteligencia de aquel niño y de la manera en que se defendía, sobre todo del léxico que tenía para hablar, decidió hacerle una propuesta, pensando que lo desarmaría y probaría de una vez por todas que ningún niño era capaz de leer un libro como aquel.

—Te haré una propuesta, —dijo él hombre completamente seguro de sí mismo-, he escrito un libro, una novela, si de verdad eres capaz de leer y razonar lo que está escrito en cualquier obra literaria, entonces te reto a que lo leas, serás mi primer lector.

Joseph aceptó y se llevó una copia del manuscrito a su casa, pospuso la lectura de Los Miserables de Víctor Hugo y procedió a leer aquella obra que se titulaba “La cárcel de las desgracias” por su autor Dario el Anónimo ya que aquel señor no había decidido poner su nombre real.

“La historia empezaba cincuenta años atrás, en un caserón de principios de siglo y en el que se narraba la historia de una familia, un padre su esposa e hijas.

El hombre era dueño de una importante empresa pero llegaba a casa muy tarde sin tener tiempo siquiera para jugar con sus hijos, la menor de las hijas casi no veía a su padre y cuando este estaba en

el hogar solo escuchaba horribles discusiones entre la madre y el padre, a lo que las hermanas mayores la sacaban de aquel lugar y le tapaban los oídos para que no presenciara aquella batalla campal. Así transcurría toda la novela de discusión en discusión y de drama a drama hasta que la esposa pedía el divorcio y las hijas quedaban divididas entre la madre y el padre.

La novela terminaba con la muerte de toda la familia a manos del padre, cuya escopeta había utilizado para asesinarlos a todos. Solo se salvaba la hija más pequeña, la cual escapaba y era acogida por unas monjas quedando en un orfanato”.

Joseph terminó de leer la obra con asco y repulsión ya que no había leído una historia tan triste como aquella, y seguro de lo que iba a decirle a su amargado autor procedió a ir a la biblioteca el día acordado.

—¿Y entonces? —dijo el hombre en la biblioteca, mirando con repulsión al niño —qué tal está la obra.

—¡Horrible! —dijo Joseph —¡nunca había leído algo tan triste y completamente desequilibrado! En primer lugar el libro denota que el autor tiene en la cabeza ideas que rayan en un horrible eufemismo y además me dice que piensa de una manera macabra, además el no poner su nombre original debajo del título, me dice que esconde muchos resentimientos y un pasado oculto que posiblemente se parezca a lo que intenta expresar en el libro. En resumen creo que más que la novela el que es horrible es ¡usted! —terminó el niño.

—Descarado pedazo de. . . —pronunció el hombre, pero calló al ver que la bibliotecaria lo miraba con gesto amenazador —¿Qué puedes saber tú?, eres solo un mocoso soberbio.

—¿Yo? —dijo, Joseph con sarcasmo —pues de su vida no sé nada, pero le advierto que si no deja ir el pasado y lo olvida, el presente se le irá de las manos.

La bibliotecaria ríe por lo bajo sorprendida de la inteligencia de ese niño y mientras ella observaba, Joseph corrió hacia donde el hombre y se le tiró encima dándole un fuerte abrazo.

—Olvide ya, ¿de verdad necesita guardar por más tiempo un pasado que no volverá?

Y en aquel niño, ese hombre pudo sentir cómo la ternura de aquella inocencia le hacía entender diciéndole que en la vida había cosas más importantes por las que luchar.

El hombre pareció descomponerse en ese momento porque se echó a llorar a los pies del niño.

Y al levantarse se encontró con los ojos de Joseph y algo brotó en lo más profundo de su corazón.

A partir de aquel día el escritor amargado cambió y todos en el pueblo se maravillaban al ver la amabilidad con que se dirigía a todos y en alguna parte se contó la historia del niño que le devolvió el corazón y el alma a aquel hombre de piedra.

FIN

Manuel Antonio González Cabrerías



La Vega - República Dominicana - 1990

*Escritor, soñador y curioso,
fascinado por las letras y la tecnología.*

Almas de puro amor y el cuerpo abandonado

(Versos alejandrinos)

Pasaban por mi mente recuerdos de la infancia,
momentos no vividos y ausencia de camino.
¡Y tan extraño el mundo....! Me pareció una infamia
no expresar el quererte e ignorar el destino.

Amor sin cuerpos huecos, almas enamoradas,
pura esencia de Dios, dolientes pensamientos;
así fueron los días, las largas madrugadas,
los ocasos ardientes con sofocantes vientos.

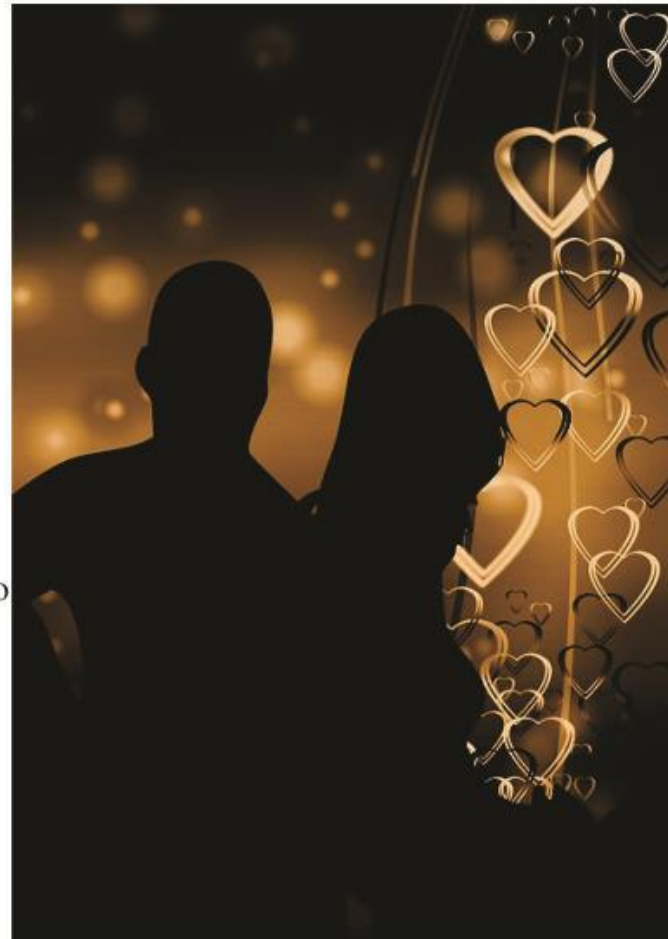
Almas de puro amor y el cuerpo abandonado
en su refugio amargo de ausencia y vanidades
convivieron . Y apenas se encontraron sus manos,
repelidos sus polos, opuestos como imanes.

Ya somos inmortales, como nuestros deseos.
Lo sabe el Universo y todo en él se invade
del ardor infinito, de placeres intensos,
de tu cara sin ojos, de mis ojos errantes.

Podremos embriagarnos del sabor de mis besos
que nunca florecieron y del recuerdo denso
de tu amor escondido, entre preciosos miedos,
bajo la luz de Luna y el cielo oscuro inmenso.

Todos mis pensamientos saldrán siempre a tu encuentro
sin apenas esfuerzo. Buscará tu mirada
la estela que dejaron, en tu cielo, mis versos.
Serán largas las tardes; eternas las veladas.

¡Eterno amor sin cuerpos!, ¡deseos no manchados!
A vosotros acudo y ya me siento amado.
Con tu memoria basta para ser yo saciado,
sin beber de tu copa, sin estar a tu lado.



De Dios vino aquel viento que tú no respiraste
por parecerse ajeno a tus caprichos huecos.
La mar, en calma hoy, apenas si comparte
una ligera brisa, sin cantos ni aderezos.

Llorarás tu vacío, añorarás los días
que pudiste apreciar la miel de mis reflejos,
el color de mis ojos, los lentos mediodías,
mi mirada incisiva y el olor de mis versos.

Mas el amor perdido que mi alma supo darte
permanece incorrupto, amanece cansado,
duerme bajo la nube de tus recuerdos. Sabe
que nunca será tuyo, ni mío, ni acabado.

Será la puerta abierta a tu refugio ingrato,
donde duermen los sueños, los insomnios y el lienzo
donde pintas, con lágrimas, invisibles retratos
del alma que perdiste, con sus colores dentro.

Serena tu mirada y acepta tu fracaso.
Consuela tu conciencia con la excusa del miedo,
con la inocencia absurda del mal no confesado,
con la ilusión difusa que te da mi recuerdo.

Quiéreme en el silencio del pudor reprimido.
Quiéreme en tus adentros. No salgas a la calle
para calmar tu orgullo. Disfruta tus sentidos
sin tenerme a tu lado, sin lecho donde amarme.



Marino Liso Soro

Zaragoza- España - 1958

*Poeta vocacional
residente en Barcelona
España*

Búsqueda dimensional

"Todos ya nos fuimos de aquí." Fito Paez

En los vientos hay mucha sabiduría:

vienen cargados de enigmas,
de respiros enortijados de gente que
jamás pensó formular sus memorias

Hilos de sonidos y palabras sordas
que con el machacar del martillo
quedaron en plaquetas de carbón;
pero el viento sabio las recoge y
las diluye y las libra de la demencia
del tiempo.

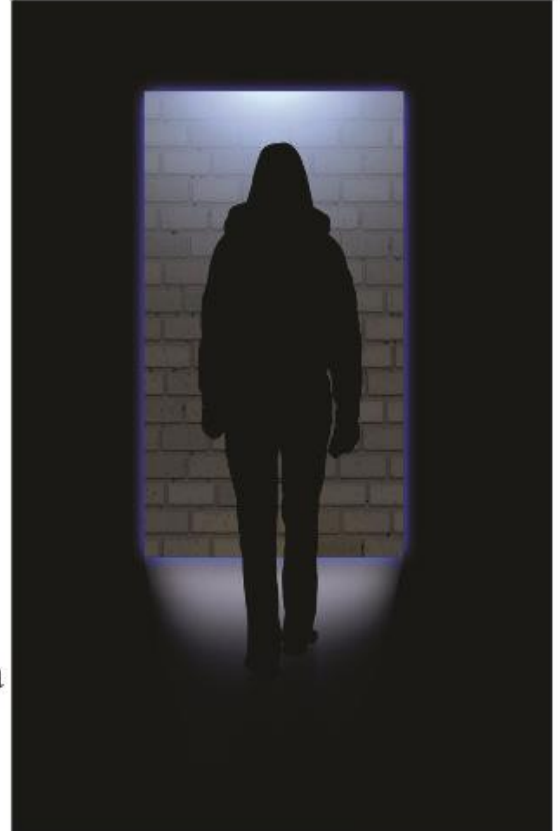
Hoy me siento más vivo que bajo tierra.

El viento surcó mi frente y tomó prestada
mi memoria.

Puedes vivir a las orillas del abandono.

Puedes morir a las puertas de Shangri-Lá.

Siempre hay un aliento enfrascado
que puedes encontrar de reserva
al abrazar al universo lleno de
enigmas cargados que vienen sabios
con el peinar de los vientos.



Pixabay pictures

Álvaro Torres Calderón



Lima - Perú - 1975

Doctor en Literatura
Latinoamericana

Master en leguas romance.

Poeta, ensayista, actor y
músico.

Marco azul

En tu casa el miedo se desvanece,
 los nervios se divierten.
 Existe el placer delirante y
 las punzadas del escorpión que gobiernan
 los latidos de la vena que arde.



Pixelbay pictures

El halcón puede ver más allá del planeta y
 sus alas dibujan constelaciones lejanas
 grabadas en las tierras rojas de las montañas de piedra.

Columnas azules contorneadas se deslizan entre sí
 Osiris y Anubis crean un universo alterno,
 Espíritu y carne son cómplices de una aventura sideral.

Álvaro Torres Calderón



*Lima - Perú - 1975
 Doctor en Literatura
 Latinoamericana
 Master en leguas romance.
 Poeta, ensayista, actor y
 músico.*

Madrigal

Mi beso era una granada,
profunda y abierta;
tu boca era rosa
de papel.

El fondo un campo de nieve.

Mis manos eran hierros
para los yunques;
tu cuerpo era el ocaso
de una campanada.

El fondo un campo de nieve.

En la agujereada
calavera azul
hicieron estalactitas
mis te quiero.

El fondo un campo de nieve.

Llenáronse de moho
mis sueños infantiles,
y taladró a la luna
mi dolor salomónico.

El fondo un campo de nieve.

Ahora maestro grave
a la alta escuela,
y mi amor y a mis sueños
(caballito sin ojos).

Y el fondo es un campo de nieve.

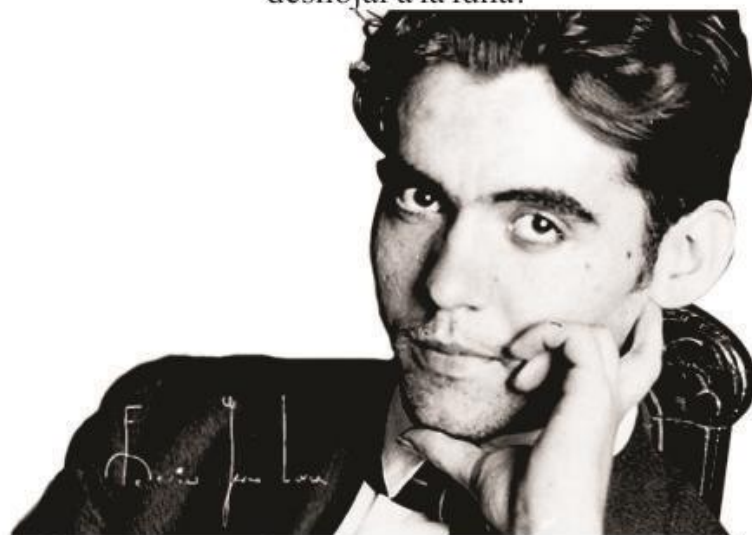
Si mis manos pudieran deshojar

Yo pronuncio tu nombre

en las noches oscuras,
cuando vienen los astros
a beber en la luna
y duermen los ramajes
de las frondas ocultas.
Y yo me siento hueco
de pasión y de música.
Loco reloj que canta
muertas horas antiguas.

Yo pronuncio tu nombre,
en esta noche oscura,
y tu nombre me suena
más lejano que nunca.
Más lejano que todas las estrellas
y más doliente que la mansa lluvia.

¿Te querré como entonces
alguna vez? ¿Qué culpa
tiene mi corazón?
Si la niebla se esfuma,
¿qué otra pasión me espera?
¿Será tranquila y pura?
¡Si mis dedos pudieran
deshojar a la luna!



Federico García Lorca (1898-1936) 15

Si el hombre pudiera decir

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
como una nube en la luz;
si como muros que se derrumban,
para saludar la verdad erguida en medio,
pudiera derrumbar su cuerpo,
dejando sólo la verdad de su amor,
la verdad de sí mismo,
que no se llama gloria, fortuna o ambición,
sino amor o deseo,
yo sería aquel que imaginaba;
aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
proclama ante los hombres la verdad ignorada,
la verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,
y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
como leños perdidos que el mar anega o levanta
libremente, con la libertad del amor,
la única libertad que me exalta,
la única libertad por que muero.

Tú justificas mi existencia:
si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.

Luis Cernuda (1902-1963)

La niña de Guatemala

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente ¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

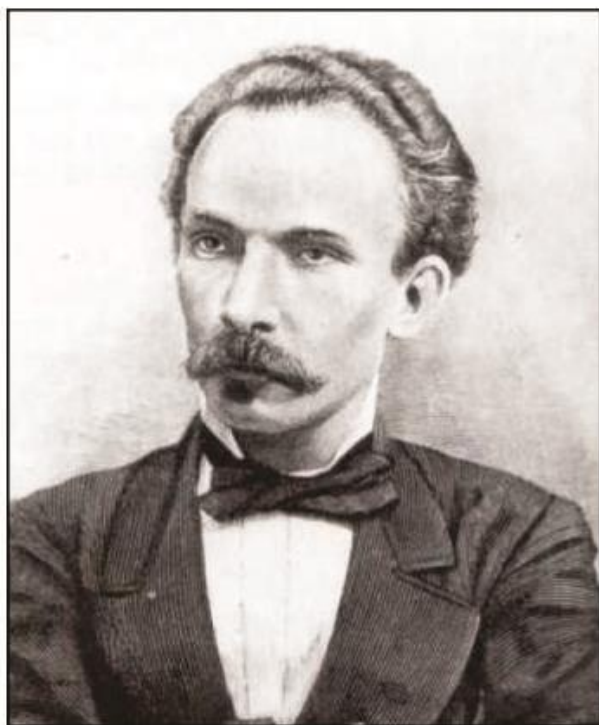


José Martí (1853 -1895)

¡Vivir en sí, qué espanto!

¡Vivir en sí, qué espanto!

Salir de sí desea
 el hombre, que en su seno no halla modo
 de reposar, de renovar su vida,
 en roerse a sí propia entretenida.-
 La soledad ¡qué yugo!
 Del aire viene al árbol alto el jugo: -
 De la vasta, jovial naturaleza
 Al cuerpo viene el ágil movimiento
 Y al alma la anhelada fortaleza.-
 ¡Cambio es la vida! Vierten los humanos
 De sí el fecundo amor: y luego vierte
 La vida universal entre sus manos
 Modo y poder de dominar la Muerte.
 Como locos corceles
 En el cerebro del poeta vagan
 Entre muertos y pálidos laureles,
 Ansias de amor que su alma recia estragan
 De anhelo audaz de redimir repleto
 Buscar en el aire bueno a su ansia objeto
 Y vive el triste, pálido y sombrío,
 Como gigante fiero
 A un negro poste atado,
 Con la ración mezquina de un jilguero
 Por mano de un verdugo alimentado.
 ¡Fauce hambrienta y voraz, un alma amante!
 Y aquí, enredado entre sus hierros, rueda
 Y el polvo muerde, el aire tasca y queda
 Atado al poste el mísero gigante.



José Martí (1853 -1895)

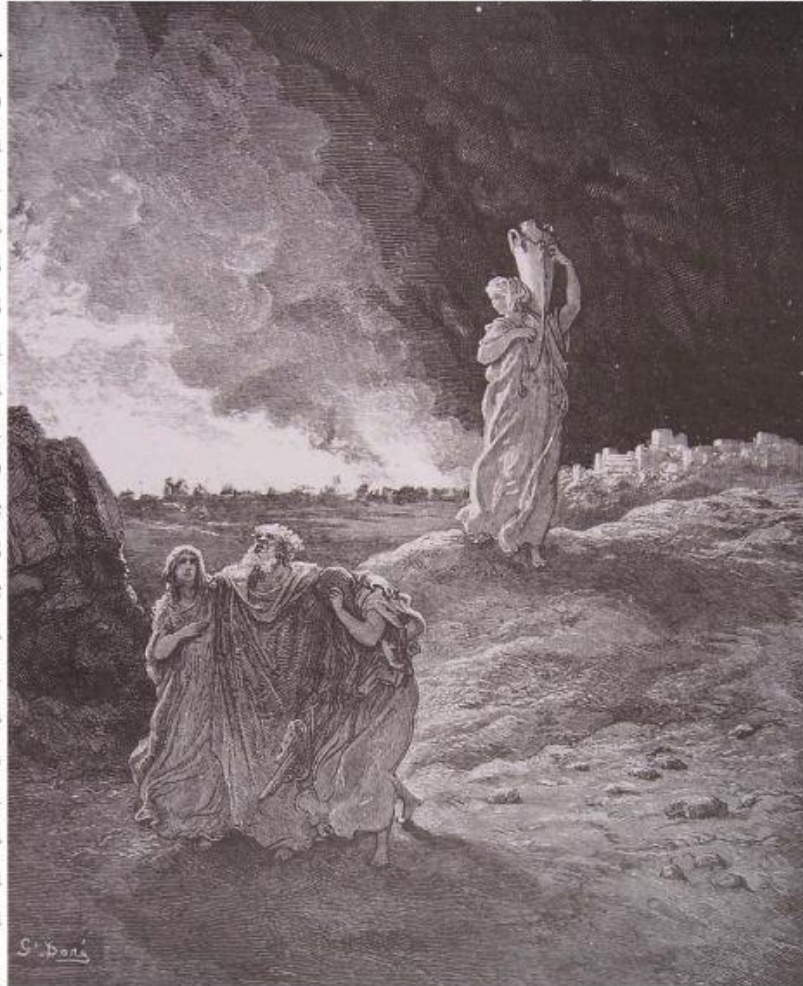
La estatua de sal

He aquí cómo refirió el peregrino

Imagen: Gustave Doré

la verdadera historia del monje Sosistrato:

-Quien no ha pasado alguna vez por el monasterio de San Sabas, diga que no conoce la desolación. Imaginaos un antiquísimo edificio situado sobre el Jordán, cuyas aguas saturadas de arena amarillenta, se deslizan ya casi agotadas hacia el Mar Muerto, por entre bosquecillos de terebintos y manzanos de Sodoma. En toda aquella comarca no hay más que una palmera cuya copa sobrepasa los muros del monasterio. Una soledad infinita, sólo turbada de tarde en tarde por el paso de algunos nómadas que trasladan sus rebaños; un silencio colosal que parece bajar de las montañas cuya eminencia amuralla el horizonte. Cuando sopla el viento del desierto, llueve arena impalpable; cuando el viento es del lago, todas las plantas quedan cubiertas de sal. El ocaso y la aurora se confunden en una misma tristeza. Sólo aquellos que deben expiar grandes crímenes, arrostran semejantes soledades.



En el convento se puede oír misa y comulgar. Los monjes que no son ya más que cinco, y todos por lo menos sexagenarios, ofrecen al peregrino una modesta colación de dátiles fritos, uvas, aguas del río y algunas veces vino de palmera. Jamás salen del monasterio, aunque las tribus vecinas los respetan porque son buenos médicos. Cuando muere alguno, le sepultan en las cuevas que hay debajo a la orilla del río, entre las rocas. En esas cuevas anidan ahora parejas de palomas azules, amigas del convento; antes, hace ya muchos años, habitaron en ellas los primeros anacoretas, uno de los cuales fue el monje Sosistrato cuya historia he prometido contaros. Ayúdeme nuestra Señora del Carmelo y vosotros escuchad con atención. Lo que vais a oír me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio, que ahora está sepultado en una de las cuevas de San Sabas, donde acabó su santa vida a los ochenta años en la virtud y la penitencia. Dios le haya acogido en su gracia. Amén.

Sosistrato era un monje armenio, que había resuelto pasar su vida en la soledad con varios jóvenes compañeros suyos de vida mundana, recién convertidos a la religión del crucificado. Pertenece, pues, a la fuerte raza de los estilitas. Después de largo vagar por el desierto, encontraron un día las cavernas de que os he hablado y se instalaron en ellas. El agua del Jordán, los frutos de una

pequeña hortaliza que cultivaban en común, bastaban para llenar sus necesidades. Pasaban los días orando y meditando. De aquellas grutas surgían columnas de plegarias, que contenían con su esfuerzo la vacilante bóveda de los cielos próxima a desplomarse sobre los pecados del mundo. El sacrificio de aquellos desterrados, que ofrecían diariamente la maceración de sus carnes y la pena de sus ayunos a la justa ira de Dios, para aplacarla, evitó muchas pestes, guerras y terremotos. Esto no lo saben los impíos que ríen con ligereza de las penitencias de los cenobitas. Y sin embargo, los sacrificios y oraciones de los justos son las claves del techo del universo.

Al cabo de treinta años de austeridad y silencio, Sosistrato y sus compañeros habían alcanzado la santidad. El demonio, vencido, aullaba de impotencia bajo el pie de los santos monjes. Estos fueron acabando sus vidas uno tras otro, hasta que al fin Sosistrato se quedó solo. Estaba muy viejo, muy pequeñito. Se había vuelto casi transparente. Oraba arrodillado quince horas diarias, y tenía revelaciones. Dos palomas amigas traíanle cada tarde algunos granos de granada y se los daban a comer con el pico. Nada más que de eso vivía; en cambio olía bien como un jazminero por la tarde. Cada año, el viernes doloroso, encontraba al despertar, en la cabecera de su lecho de ramas, una copa de oro llena de vino y un pan con cuyas especies comulgaba absorbiéndose en éxtasis inefables. Jamás se le ocurrió pensar de dónde vendría aquello, pues bien sabía que el señor Jesús puede hacerlo. Y aguardando con unción perfecta el día de su ascensión a la bienaventuranza, continuaba soportando sus años. Desde hacía más de cincuenta, ningún caminante había pasado por allí.

Pero una mañana, mientras el monje rezaba con sus palomas, éstas asustadas de pronto, echaron a volar abandonándole. Un peregrino acababa de llegar a la entrada de la caverna. Sosistrato, después de saludarle con santas palabras, le invitó a reposar indicándole un cántaro de agua fresca. El desconocido bebió con ansia como si estuviese anonadado de fatiga; y después de consumir un puñado de frutas secas que extrajo de su alforja, oró en compañía del monje.

Transcurrieron siete días. El caminante refirió su peregrinación desde Cesarea a las orillas del Mar Muerto, terminando la narración con una historia que preocupó a Sosistrato.

-He visto los cadáveres de las ciudades malditas -dijo una noche a su huésped-. He mirado humear el mar como una hornalla, y he contemplado lleno de espanto a la mujer de sal, la castigada esposa de Lot. La mujer está viva, hermano mío, y yo la he escuchado gemir y la he visto sudar al sol del mediodía.

-Cosa parecida cuenta Juvencus en su tratado De Sodoma -dijo en voz baja Sosistrato.

-Sí, conozco el pasaje -añadió el peregrino-. Algo más definitivo hay en él todavía; y de ello resulta que la esposa de Lot ha seguido siendo fisiológicamente mujer. Yo he pensado que sería obra de caridad libertarla de su condena...

-Es la justicia de Dios -exclamó el solitario.

-¿No vino Cristo a redimir también con su sacrificio los pecados del antiguo mundo? -replicó suavemente el viajero que parecía docto en letras sagradas-. ¿Acaso el bautismo no lava igualmente el pecado contra la Ley que el pecado contra el Evangelio?...

Después de estas palabras, ambos se entregaron al sueño. Fue aquélla la última noche que pasaron juntos. Al siguiente día el desconocido partió, llevando consigo la bendición de Sosistrato, y no necesito decir que, a pesar de sus buenas apariencias, aquel fingido peregrino era Satán en persona.

El proyecto del maligno fue sutil. Una preocupación tenaz asaltó desde aquella noche el espíritu del santo. ¡Bautizar la estatua de sal, liberar de su suplicio aquel espíritu encadenado! La caridad lo exigía, la razón argumentaba. En esta lucha transcurrieron meses, hasta que por fin el monje tuvo una visión. Un ángel se le apareció en sueños y le ordenó ejecutar el acto.

Sosistrato oró y ayunó tres días, y en la mañana del cuarto, apoyándose en su bordón de acacia, tomó, costeando el Jordán, la senda del Mar Muerto. La jornada no era larga, pero sus piernas cansadas apenas podían sostenerle. Así marchó durante dos días. Las fieles palomas continuaban alimentándole como de ordinario, y él rezaba mucho, profundamente, pues aquella resolución afligía en extremo. Por fin, cuando sus pies iban a faltarle, las montañas se abrieron y el lago apareció.

Los esqueletos de las ciudades destruidas iban poco a poco desvaneciéndose. Algunas piedras quemadas, era todo lo que restaba ya: trozos de arcos, hileras de adobes carcomidos por la sal y cimentados en betún... El monje reparó apenas en semejantes restos, que procuró evitar a fin de que sus pies no se manchasen a su contacto. De repente, todo su viejo cuerpo tembló. Acababa de advertir hacia el sur, fuera ya de los escombros, en un recodo de las montañas desde el cual apenas se los percibía, la silueta de la estatua.

Bajo su manto petrificado que el tiempo había roído, era larga y fina como un fantasma. El sol brillaba con límpida incandescencia, calcinando las rocas, haciendo espejear la capa salobre que cubría las hojas de los terebintos. Aquellos arbustos, bajo la reverberación meridiana, parecían de plata. En el cielo no había una sola nube. Las aguas amargas dormían en su característica inmovilidad. Cuando el viento soplaba, podía escucharse en ellas, decían los peregrinos, cómo se lamentaban los espectros de las ciudades.

Sosistrato se aproximó a la estatua. El viajero había dicho verdad. Una humedad tibia cubría su rostro. Aquellos ojos blancos, aquellos labios blancos, estaban completamente inmóviles bajo la invasión de la piedra, en el sueño de sus siglos. Ni un indicio de vida salía de aquella roca. ¡El sol la quemaba con tenacidad implacable, siempre igual desde hacía miles de años, y sin embargo, esa efigie estaba viva puesto que sudaba! Semejante sueño resumía el misterio de los espantos bíblicos. La cólera de Jehová había pasado sobre aquel ser, espantosa amalgama de carne y de peñasco. ¿No era temeridad el intento de turbar ese sueño? ¿No caería el pecado de la mujer maldita sobre el insensato que procuraba redimirla? Despertar el misterio es una locura criminal, tal vez una tentación del infierno. Sosistrato, lleno de congoja, se arrodilló a orar en la sombra de un bosquecillo...

Cómo se verificó el acto, no os lo voy a decir. Sabed únicamente que cuando el agua sacramental cayó sobre la estatua, la sal se disolvió lentamente, y a los ojos del solitario apareció una mujer, vieja como la eternidad, envuelta en andrajos terribles, de una lividez de ceniza, flaca y temblorosa, llena de siglos. El monje que había visto al demonio sin miedo, sintió el pavor de aquella aparición. Era el pueblo réprobo lo que se levantaba en ella. ¡Esos ojos vieron la

combustión de los azufres llovidos por la cólera divina sobre la ignominia de las ciudades; esos andrajos estaban tejidos con el pelo de los camellos de Lot; esos pies hollaron las cenizas del incendio del Eterno! Y la espantosa mujer le habló con su voz antigua. Ya no recordaba nada. Sólo una vaga visión del incendio, una sensación tenebrosa despertada a la vista de aquel mar. Su alma estaba vestida de confusión.

Había dormido mucho, un sueño negro como el sepulcro. Sufría sin saber por qué, en aquella sumersión de pesadilla. Ese monje acababa de salvarla. Lo sentía. Era lo único claro en su visión reciente. Y el mar... el incendio... la catástrofe... las ciudades ardidas... todo aquello se desvanecía en una clarividente visión de muerte. Iba a morir. Estaba salvada, pues. ¡Y era el monje quien la había salvado! Sosistrato temblaba, formidable. Una llama roja incendiaba sus pupilas. El pasado acababa de desvanecerse en él, como si el viento de fuego hubiera barrido su alma. Y sólo este convencimiento ocupaba su conciencia: ¡la mujer de Lot estaba allí! El sol descendía hacia las montañas. Púrpuras de incendio manchaban el horizonte. Los días trágicos revivían en aquel aparato de llamaradas. Era como una resurrección del castigo, reflejándose por segunda vez sobre las aguas del lago amargo. Sosistrato acababa de retroceder en los siglos. Recordaba. Había sido actor en la catástrofe. Y esa mujer... ¡esa mujer le era conocida!

Entonces un ansia espantosa le quemó las carnes. Su lengua habló, dirigiéndose a la espectral resucitada:

-Mujer, respóndeme una sola palabra.

-Habla... pregunta...

-¿Responderás?

-Sí, habla; ¡me has salvado!

Los ojos del anacoreta brillaron, como si en ellos se concentrase el resplandor que incendiaba las montañas.

-Mujer, dime qué viste cuando tu rostro se volvió para mirar.

Una voz anudada de angustia, le respondió:

-Oh, no... ¡Por Elohim, no quieras saberlo!

-¡Dime qué viste!

-No... no... ¡Sería el abismo!

-Yo quiero el abismo.

-Es la muerte...

-¡Dime qué viste!

-¡No puedo... no quiero!

-Yo te he salvado.

-No... no...

El sol acababa de ponerse.

-¡Habla!

La mujer se aproximó. Su voz parecía cubierta de polvo; se apagaba, se crepusculizaba, agonizando.

-¡Por las cenizas de tus padres!...

-¡Habla!

Entonces aquel espectro aproximó su boca al oído del cenobita, y dijo una palabra. Y Sosistrato, fulminado, anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto. Roguemos a Dios por su alma.



Leopoldo Lugones (1874 -1938)

*Fue un poeta, ensayista,
periodista y político argentino.*